

LA FORMACION DEL ARQUITECTO EN LA UNPHU – UNA DECADA DE EXPERIENCIA

Ponencia presentada por el Arq. Roberto L. Bergés,
Decano de la Facultad de Arquitectura y Artes, en el
Seminario de "La Formación del Arquitecto",
celebrado en la UNPHU en septiembre de 1976.



EXISTEN períodos en la historia de la civilización en los cuales la humanidad se enfrasca en un autocuestionamiento de todos los valores vigentes. Estos períodos son precedidos generalmente por una sucesión de cambios que se producen aisladamente pero que van conformando nuevas necesidades y nuevos requerimientos sociales, económicos y culturales. Sólo después de cierto tiempo, sin embargo, la sociedad logra sintetizar una nueva manera de ver y hacer las cosas que constituye una respuesta válida a las nuevas necesidades producidas por esa conjunción de cambios aislados.

Tengo la sincera convicción de que estamos atravesando por un período de cambios que finalmente resultarán en el establecimiento de una nueva cosmovisión que permita a nuestra civilización sobrevivir asegurando el progreso del hombre.

A nuestro nivel profesional, en el campo de la arquitectura, se está produciendo actualmente un debate sobre la forma óptima del quehacer arquitectónico como respuesta válida a las

necesidades de una sociedad que sufre profundas transformaciones. Este debate se ha dejado sentir a nivel académico. Innumerables escuelas de arquitectura están actualmente emprendiendo una total re—evaluación de sus programas de estudios.

Para poder tener una visión más amplia del problema creo que es preciso analizar los cambios que han dado lugar a este cuestionamiento del quehacer y de la enseñanza arquitectónica.

Creo que en definitiva podemos sintetizar estos cambios en los siguientes puntos:

La explosión demográfica mundial ha dado como resultado la necesidad de enfoques totalmente nuevos en el campo de la provisión de sistemas habitacionales adecuados para una población en constante aumento. Esto ha dado lugar a la búsqueda de materiales y sistemas constructivos que permitan la optimización de los recursos disponibles.

Esta explosión demográfica, a la vez, ha creado graves problemas de contaminación ambiental y de deterioro de la calidad de la vida. Como resultado de esto ha surgido una nueva concepción de conservación ecológica y valorización cultural que ha establecido criterios totalmente nuevos en la manipulación y transformación del entorno del hombre, a fin de evitar la progresiva deshumanización de nuestro medio.

Asimismo, este exacerbado crecimiento poblacional, conjuntamente con la cada vez más aceptada doctrina de la dignidad fundamental del hombre, está dando lugar al establecimiento de la idea de que la arquitectura como actividad humana debe alcanzar a beneficiar a una mayor cantidad de personas, sobre todo a aquellos sectores tradicionalmente marginados de la sociedad.

Han aumentado, además, las necesidades de sistemas estructurales que permitan la provisión de espacios de gran tamaño para el desarrollo de actividades multitudinarias. Esto, conjuntamente con el advenimiento de nuevas técnicas constructivas, ha dado lugar a la creación de las llamadas "estructuras espaciales" como las de Buckminster Fuller y otras del tipo de la utilizada para la ópera de Sidney, en Australia, por los

nuevos voceros del estructuralismo, y por los metabolistas japoneses.

Por otra parte, el uso de sistemas sofisticados de programación sobre la base de computadoras y otros instrumentos recién establecidos por la nueva era tecnológica, han traído como consecuencia la necesidad de un nuevo enfoque metodológico que permita el aprovechamiento de estos nuevos recursos sin la pérdida de determinados valores seculares.

Creo, finalmente, que se deben mencionar dos consideraciones que constituyen causas de gran controversia hoy día.

La primera de estas consideraciones es el hecho de que después de un período largo de vigencia de las escuelas de pensamiento surgidas a raíz de los nuevos enfoques racionalistas de principios de siglo (promovidas por arquitectos como Le Corbusier, Walter Gropius, Mies Van Der Rohe, Edward Stone, etc.) han surgido nuevas inquietudes expresivas que han dado lugar a la búsqueda de una plástica arquitectónica de mayor libertad e individualismo expresivo.

La segunda consideración la constituye la queja pública de la "American Institute of Architects" sobre el problema de la enseñanza demasiado teórica en las universidades de los Estados Unidos, lo cual ha dado como resultado una generación de arquitectos jóvenes que no han logrado incorporarse eficientemente al trabajo profesional realizado en las oficinas de arquitectos.

Todos estos factores, aunados a profundos cambios sociales y económicos que han afectado totalmente nuestro sistema de vida, han creado una nueva inquietud de búsqueda, de cuestionamiento, de duda, una necesidad de explorar nuevas rutas y de trillar nuevos caminos.

Nosotros, en la República Dominicana, no podemos, ni debemos, sustraernos a estas inquietudes mundiales. Es hora de que realicemos nuestra propia evaluación y establecimiento de nuevos criterios.

Por otra parte, frente a diez años de experiencia en una Escuela de Arquitectura que pretendió surgir como un nuevo y

ágil instrumento para la formación y educación integral de una generación de arquitectos que tomase sobre sus hombros la gran responsabilidad de participación activa en el planteamiento de nuevos conceptos en una sociedad cambiante, es lógico de toda lógica que hagamos un alto en el camino para evaluar nuestra labor. Sólo así podremos aprender de nuestros errores, reorientar nuestros pasos y fortalecer nuestros logros.

Sobre todo, sin embargo, es preciso examinar nuevamente nuestro contexto social y cultural, con el propósito de adecuar nuestras metas y planes a un modelo nítidamente dominicano. Como señala certeramente el historiador Frank Moya Pons, hay que “escoger un contexto significativo que... ofrezca un sentido para encontrar en aquel pasado que es nuestro campo de estudio, las causas del presente que nos ha tocado vivir”. En efecto, cuando realizamos evaluaciones estamos examinando y evaluando la historia. Y es evidente que sólo conociendo y comprendiendo exhaustivamente nuestro pasado, podemos interpretar adecuadamente nuestro presente a fin de actuar en él con racionalidad y coherencia.

Ahora bien, no basta sólo con estudiar nuestro pasado. En nuestros tiempos estamos presenciando un fenómeno singular que ha venido a añadir una nueva dimensión a este criterio. La extraordinaria rapidez de las transformaciones sociales y los cambios culturales y tecnológicos han creado un verdadero ‘continuum’ de espacio—tiempo. Es decir, nuestro futuro se convierte cada vez más aceleradamente en nuestro presente. Ya no nos basta el mero estudio del pasado. Es imprescindible contar con instrumentos y mecanismos adecuados para proyectar nuestro presente hacia el futuro. Sólo así podremos dominarlo.

Particularmente en el campo de la educación superior este concepto toma caracteres realmente dramáticos. Un estudiante, por ejemplo, que inicie su carrera en el año 1976, se graduará probablemente en el año 1982, y de acuerdo con el tiempo promedio de entrenamiento en servicio que necesita un arquitecto para lograr una experiencia y capacidad que logren situarlo en los primeros planos de liderazgo dentro de su

profesión, este joven probablemente comenzará a ser de máxima utilidad a su comunidad en el año 1992, muy cercano al fin del siglo. Lo que hacemos a nivel académico hoy, pues, va a incidir de manera categórica en el contexto físico de este país para fines de siglo. No cabe duda, por lo tanto, que la llamada futurología tiene que tomar un lugar cada vez más predominante en nuestro mundo académico.

En consideración a estos criterios, creo que debo primero hacer la exposición de nuestra filosofía original, luego dar mis impresiones de los resultados de esta filosofía a nivel operacional en nuestros primeros diez años de existencia, y finalmente establecer algunos criterios acerca de las necesidades del futuro.

Creo que es de importancia, por lo menos como marco de referencia, señalar en síntesis algunos de los criterios fundamentales que nos sirvieron en nuestra época de fundación como antecedentes conceptuales para establecer una filosofía académica acorde con principios normativos adecuados.

Entiendo, en este sentido, que partimos originalmente de cuatro conceptos básicos que nos permitieron elaborar un plan de estudios con una filosofía académica determinada.

El principio de estos conceptos afirmaba que después de una revolución industrial, científica y tecnológica de vastas proporciones, y dependiendo el desarrollo socioeconómico de las naciones modernas fundamentalmente del desarrollo de su educación, no solamente especializada, sino desde un punto de vista más amplio, no bastaba con la mera creación de profesionales en determinados campos de acción, sino que era preciso la preparación de hombres capaces por sus cualidades de asumir un liderazgo efectivo en el progreso de sus comunidades. En este sentido señalábamos cómo economistas de la estatura de Theodore W. Schultz mostraban en términos nítidamente económicos la relevancia de la situación educacional sobre el progreso de los países. Sus investigaciones hacían resaltar claramente cómo los grandes saltos hacia arriba de todas las naciones actualmente desarrolladas se encontraban arraigadas en el conocimiento, en nuevas técnicas e ideas, y en sus

aplicaciones por personas generalmente mejor preparadas e integradas en los mecanismos productivos de la sociedad.

Ya no nos puede caber la menor duda sobre este asunto. Solamente la inteligencia organizada es capaz de desarrollar al máximo las sociedades.

No bastaba, ni basta, con dotar a un estudiante de conocimientos específicos en su rama de actividad profesional. Era imperativo lograr la formación de hombres capaces de enfrentarse con un medio en progresiva evolución. Es decir, la formación de hombres dinámicamente racionales, imaginativos, con una actitud hacia la observación y el estudio perseverante, y con un intelecto altamente flexible y capaz de adquirir nuevos conocimientos sin dificultad.

El segundo concepto que consideramos fundamental para el establecimiento de nuestra filosofía fue fruto del estudio de la obra de grandes pensadores en el campo de la educación, como Ortega y Gasset, Marías, Dewey y James. Estos le asignaban un gran valor, como instrumento de formación, a la cultura, entendiéndose por tal una cosmovisión capaz de hacer que una persona pueda enfrentarse cognoscitiva, afectiva y volitivamente al mundo en que vive en un plano racional y equilibrado. Es decir, considerábamos a la cultura como un impulso vital que determina las formas de vida personal y colectiva de acuerdo con una visión del mundo y de la vida humana sana y amplia, sin prejuicios, dogmatismos, miopía histórica o aberraciones mentales.

Creo que es conveniente volver a hacer hincapié sobre el señalamiento de Ortega y Gasset en torno a este importante criterio. Decía este gran pensador que "hay que acabar para siempre con cualquier vagarosa imagen de la ilustración y la cultura, donde éstas aparezcan como aditamento ornamental que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. No cabe tergiversación mayor; la cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son atributo del hombre... La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio

y perdimiento; trabaja por encontrar en la selva “vías”, “camino”, es decir, ideas claras y firmes sobre el universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas es la cultura en el sentido verdadero de la palabra; todo lo contrario, pues, que ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea una tragedia sin sentido o radical envilecimiento”.

Nuevamente, pues, y a la luz de esta consideración, no bastaba, ni basta, con crear profesionales capacitados en su específica rama del saber, sino hombres de gran amplitud cultural, capaces de seguir desarrollando sus potencialidades al máximo dentro de un contexto social cada vez más complejo y con una necesidad cada vez mayor de una cosmo—visión capaz de orientar su vida y sus actos.

El tercer concepto sustentador de nuestra filosofía académica constituyó una posición clara frente a la controversia secular de la arquitectura como arte o como ciencia. Consideramos la posición de Bruno Zevi y de Frank Lloyd Wright como las más valederas frente a esta dicotomía. Zevi expresó que “en conclusión, la interpretación funcionalista, en su doble significación utilitaria y tecnicista, es fruto de una inhibición mental que, nacida en la polémica contra ‘el arte por el arte’, bandera del no—arte tradicionalista, y en la apología del mundo industrial moderno de los fines inmanentes y sociales de la arquitectura, no ha hecho otra cosa que elegir el otro término extremo de aquel binomio —arte y ciencia—”.

Por otra parte Wright señaló que “la función *afirma* la forma, pero no la *determina*, en la medida que la imaginación poética pueda transformarla, sin destruirla”.

* La arquitectura debe ser el resultado de la fusión del arte y la ciencia. No le podemos restar jerarquía a ninguna de estas dos consideraciones fundamentales de ese “binomio” —arte y ciencia— so pena de realizar meramente práctica edilicia, en un caso, o creación estética pura, en el otro, pero en ninguno de los dos casos... arquitectura!

El cuarto concepto que utilizamos en nuestros antecedentes conceptuales lo extrajimos de los criterios emitidos por Walter Gropius en los lineamientos básicos de la BAUHAUS. Gropius consideraba indispensable orientar la educación del arquitecto en estrecha relación con las necesidades contemporáneas de la comunidad. La unidad del propósito educativo, en su manera de pensar, debería ser determinada por una orientación del hombre al servicio de su comunidad. En las propias palabras de Gropius señalábamos lo siguiente:

“Esencial es la unidad del propósito educativo. El hombre debe ser el foco y sus necesidades espirituales y materiales en relación con la vida de la comunidad deberían determinar todas las etapas de aprendizaje del estudiante”.

Es decir, no se trata de educar al hombre para ubicarlo en un mundo estático o teórico, sino para que participe como dirigente, de una manera activa, dinámica, responsable y consciente, en el desarrollo de su comunidad, y por lo tanto en concordancia estricta con las necesidades de la misma. En la República Dominicana, señalábamos en nuestra filosofía, este criterio implicaba un ejercicio de la profesión de arquitectura marcadamente polifacético. El arquitecto en nuestra comunidad no era llamado solamente a cumplir un rol de mero proyectista de espacios arquitectónicos. Era imperativo orientar la enseñanza de la profesión hacia campos de mayor amplitud del que tradicionalmente le corresponde al arquitecto. De esta manera, se estarían formando hombres adecuadamente dotados para proveer el necesario liderazgo profesional en pos de un desarrollo integral en actividades tan diversas como la de planificación, administración, construcción, coordinación, etc.

Por otra parte, señalábamos en nuestras premisas básicas, era necesario tomar en cuenta algunas consideraciones especiales de nuestro país que constituían necesidades vitales para el desarrollo de nuestras comunidades. La primera consistía en la grave situación habitacional del país. En un medio como el nuestro, con un déficit de viviendas de alrededor de 300,000

unidades, era necesario crear los recursos humanos que pudiesen incidir positivamente sobre este grave problema.

La segunda consideración, que a la luz de algunos seminarios que hemos realizado en esta Universidad ha tomado una importancia trascendental, la constituye la gran transformación urbana que estamos contemplando en la República Dominicana. La característica básica más resaltante de nuestra sociedad, hoy día, es su conversión de una sociedad eminentemente rural a una sociedad fundamentalmente urbana. Y este proceso, desde luego, no es exclusivo de nuestro país. Es de todos conocido que este proceso se inició en los actuales países desarrollados en la época del Renacimiento y está siendo recién completado con el advenimiento de las llamadas megalópolis. No cabe la menor duda que un acelerado proceso de urbanización forma parte esencial del "ethos" cultural contemporáneo. Este proceso, señores, es irreversible. Nunca podremos frenarlo. Sólo nos cabe ordenarlo para evitar la deshumanización de nuestras comunidades.

Hay una marcada diferencia de grado, sin embargo, entre este proceso en los países desarrollados y en los que actualmente componen el llamado tercer mundo. Las sociedades actualmente desarrolladas se tomaron siglos para realizar este proceso. Nuestras sociedades en desarrollo, sufrirán el mismo proceso en sólo algunas décadas. He ahí la gran diferencia... He ahí el elemento que constituye un reto histórico sin precedentes! El "shock" del futuro de Alvin Toffler lo tenemos a la vuelta de la esquina. En nuestro país, por ejemplo, tendremos una ciudad capital en el año 2000 con una población de casi cuatro millones de habitantes, lo que constituirá en ese momento alrededor del 35 por ciento de la población total del país. Por otra parte, en un corto lapso de solamente 24 años se invertirá totalmente la relación urbano—rural de la población. Así pues, no nos quepa la menor duda... nuestro futuro inmediato, a un plazo atterradoramente corto, será eminentemente urbano. Este hecho tendrá necesariamente una repercusión a nivel académico, y así lo planteamos en nuestra filosofía. Los arquitectos son los llamados a programar y

ordenar este proceso de tal manera que evitemos el caos urbano, el desorden estético y la "alienación" social que ello conllevaría.

Ahora nos cabe preguntar ¿qué ha pasado en la última década? ¿Hemos sido capaces de realizar nuestros sueños, de cumplir nuestros objetivos... en fin, de convertir en realidad nuestra filosofía académica?

Como todas las empresas acometidas por los hombres, esta también ha quedado quizás trunca y adoleciendo de algunas fallas inherentes a nuestras propias debilidades e incompetencias.

Creo sinceramente, sin embargo, que en el análisis final hemos realizado una obra de la cual podemos estar orgullosos, y la cual es susceptible de mejorarse y perfeccionarse debido precisamente a que en esencia es sana.

Examinemos a nuestros graduados. Hemos producido unos jóvenes profesionales cuya capacidad, en su época, supera a la nuestra cuando nos tocó enfrentarnos profesionalmente a la sociedad. Hemos producido jóvenes profesionales que han cosechado rotundos éxitos en sus estudios de post-grado. Ha sido común en nuestros graduados la obtención de honores de "Magna Cum Laude" y "Summa Cum Laude" en sus maestrías en el extranjero. Su vocación de servicio, su seriedad de propósitos, su filosofía de vida... en fin, sus excelentes cualidades profesionales y personales dejan poco que desear. Creo, señores, que hemos cultivado y cosechado la excelencia académica y profesional.

¿Y nuestras fallas? ¿En qué medida hemos dejado de cumplir nuestras metas?

Estimo que debemos ser honestos en señalar que nuestro sistema de estudios generales ha adolecido de una gran diversificación, lo cual ha limitado sustancialmente su profundidad. La proliferación de créditos en las humanidades y las ciencias básicas ha dado como resultado una complejidad académica que evoca la confusión conceptual prevaeciente en nuestra secundaria. Felizmente la universidad como un todo se ha dado cuenta de esta situación y contempla revisar sustancialmente los estudios generales con el propósito de

“impartir menos información a mucha mayor profundidad”. En términos generales, se piensa disminuir los créditos obligatorios en los estudios generales de 36 a 12, tratando de que las asignaturas impartidas constituyan una verdadera preparación del hombre para enfrentarlo con su medio ambiente como ente capaz de orientar su vida en concordancia con los principios fundamentales de nuestra civilización occidental.

Es importante señalar en este momento una consideración que constituye nuestro más importante reto. Es imperiosa la necesidad de lograr que el profesor deje de ser la principal fuente de *información* del estudiante y se convierta en verdadero instrumento de *formación*. Esto implica no solamente un cambio de actitud de parte de nuestro profesorado, sino además una provisión de recursos bibliográficos y audiovisuales que nos permita convertir al estudiante en el protagonista más activo de su propia educación. Creo que hasta el momento hemos fallado en lograr este propósito. Estimo que es vital para nuestra institución el establecimiento de los procedimientos, mecanismos y recursos adecuados que permitan convertir en una auténtica realidad este trascendental objetivo educacional.

Por otra parte, considero que hemos fallado en lograr una integración más expedita de nuestros estudiantes en la problemática del quehacer profesional dominicano. La idea de contar con profesores asociados de nuestra escuela fuera de las aulas a fin de que los estudiantes pudiesen realizar experiencias prácticas en taller y en obras que les permita una visión más tangible de los procedimientos y técnicas utilizados a nivel práctico en nuestro medio, no ha pasado de ser una ferviente aspiración. No hemos logrado convertir esta idea en una realidad operacional.

Todos estamos de acuerdo, además, en que nuestro plan de estudios adolece de gran debilidad en el campo de la urbanología.

Si queremos formar profesionales con una gran visión de nuestro futuro urbano y dotados de los conocimientos y técnicas que les permitan incidir de manera determinante en

este problema, es preciso reforzar ampliamente todos los estudios relacionados con nuestro contexto físico.

Ahora bien, tomando en consideración la necesidad de producir profesionales con una clara concepción de la importancia de la conservación ecológica como elemento indispensable en el entorno del hombre, es imprescindible que nuestras enseñanzas en el campo del planeamiento urbano incluyan criterios y conceptos básicos sobre la naturaleza, la climatología y otras disciplinas relacionadas con esta consideración.

Por otra parte, y frente al progresivo deterioro y deshumanización de nuestro contexto urbano, es imprescindible crear una mentalidad de preservación y valorización cultural que nos permita garantizar la conservación de nuestro patrimonio monumental y nuestra herencia cultural. Como es de conocimiento general, sólo se imparte actualmente una materia, a nivel electivo, denominada Conservación de Monumentos. No solamente es imprescindible para todo arquitecto lograr una conscientización sobre este problema, sino que debemos además ampliar el contenido conceptual que actualmente impartimos en esta materia asignándole mayor número de créditos y haciéndola obligatoria para todos los estudiantes.

Finalmente, creo que debo hacer mención de un aspecto del problema, que considero fundamental. Es mi convicción que actualmente estamos atravesando un período transicional en donde proliferan las nuevas escuelas de pensamiento y los nuevos enfoques radicales y a veces seudo-revolucionarios. Además de la continuada vigencia de los movimientos racionalistas y orgánicos, estamos contemplando el advenimiento de otros enfoques e interpretaciones de la arquitectura en franca contraposición conceptual. El estructuralismo, el neo-brutalismo, el metabolismo, el composicionismo, el neo-clasicismo, el metodologismo, el neo-romanticismo, el futurismo y otros muchos "ismos" se encuentran actualmente en competencia doctrinaria conceptual como escuelas de pensamiento que pretenden satisfacer y

sintetizar los nuevos requerimientos de nuestra sociedad contemporánea.

Considero que cometeríamos un grave error en adoptar como pauta normativa de nuestra enseñanza cualquiera de estas vertientes que hoy día se disputan la vigencia conceptual.

No creo que la preparación de profesionales con una visión limitada de su campo de acción les permita enfrentarse el día de mañana con un mundo en continua evolución. Mucho más importante que la coherencia y unidad de un enfoque educativo es la necesidad del enfrentamiento objetivo y racional con una diversidad de criterios y un pluralismo cultural. Estimo que nadie puede abrogarse el derecho de impartir una enseñanza basada exclusivamente en sus muy personales convicciones. Más que una enseñanza, este enfoque constituiría una especie de adoctrinamiento. Creo que muchos de nosotros hemos adolecido del lamentable fallo de considerar nuestra postura personal como la única verdad dogmática.

Frente a los planteamientos que nos hiciera ese prestigioso profesor inglés, Geoffrey Broadbent, en su visita a este país, considero que debemos concluir con que ningún enfoque unilateral puede ser válido para la preparación de individuos que deben encontrar su propio rumbo con la objetividad y racionalidad que caracterizan a un hombre libre en el contexto de una sociedad civilizada.

Hay algunas otras consideraciones que creo deben ser objeto de un análisis profundo a fin de orientar nuestra enseñanza de acuerdo con nuestra auténtica realidad. Para no pecar de extendernos demasiado, lo cual constituye una falta harto común en la academia, sólo mencionaré mis inquietudes al respecto.

Es un hecho incontrovertible que a pesar de que en este siglo se ha ampliado extensamente la base social de la arquitectura, todavía nuestra profesión le presta servicios a una parte muy minoritaria de la sociedad. Existen grandes sectores aún marginados de los beneficios socio—económicos que pueden provenir de la optimización de un contexto físico y un habitat acorde con la dignidad fundamental del hombre. Necesitamos

descubrir y proveer los mecanismos y procedimientos que nos permitan incorporar a ese gran sector que se ha dado por llamar el estrato marginal de la sociedad.

Asimismo, creo que no hemos logrado incorporar a nuestro conjunto de valores morfológicos a aquellos elementos que componen lo que hoy día llamamos la arquitectura popular. La llamada "aldea global" de Marshall McLuhan es un hecho insoslayable. No podemos ni debemos aislarnos de las corrientes estéticas y escuelas de pensamiento mundialmente en boga hoy día. Pero debemos enriquecer estos esquemas y estos valores importados con características autóctonas que permitan identificarnos como pueblo con un destino común y cultura propia.

Tenemos que tomar medidas, además, para aliviar o eliminar la falta de institucionalidad en el entrenamiento post-universitario de nuestros futuros profesionales. La Universidad sola no puede formar profesionales de valer. Tenemos que proveer los mecanismos adecuados que permitan y exijan que nuestros estudiantes, una vez egresados de las aulas, continúen su formación y su entrenamiento en beneficio de la sociedad a la cual deben servir. Es causa de gran tristeza ver a algunos jóvenes profesionales que han sido entrenados fuera del país actuar desubicados con relación a su medio ambiente. Debe ser en nuestro propio país, con nuestras propias necesidades y requerimientos, con nuestras propias experiencias y con nuestros propios recursos, que realicemos una labor de entrenamiento post-universitario que nos permita asegurar la más alta competencia profesional.

Decía ese gran filósofo, Juvenal, que "los hombres aprenden mientras enseñan". Esperemos que esta década de experiencia en la UNPHU nos haya servido para aprender a satisfacer de una manera óptima las necesidades académicas en nuestro país, en el campo de la formación del arquitecto.